

lón de Alejandría (& 34), y los índices a los tres volúmenes. Estos índices, a cargo de Léonie J. Archer, incluyen: a) uno de materias y nombres; b) otro de palabras griegas, y c) otro de palabras hebreas y arameas. Su utilidad es indiscutible.

Cada uno de los libros se sitúa en el apartado correspondiente en razón de la lengua original y del género literario correspondiente. Se hace la descripción y se analiza el tiempo de composición, el autor o círculo en el que surge, el contenido y los datos más importantes de la tradición textual. Al final de la exposición sobre cada libro se da una relación de las ediciones críticas, traducciones a lenguas modernas y bibliografía específica. De esta forma el presente volumen sigue manteniendo la claridad y concisión que tenía la antigua edición de Schürer, enriquecida ahora con los datos aportados por los descubrimientos e investigación posteriores a la edición antigua. Entre estos nuevos datos cabe destacar los de la arqueología que han sido introducidos en la parte dedicada a exponer el judaísmo en la Diáspora, y los manuscritos de Qumran que ocupan un capítulo propio a cargo de Geza Vermes.

La literatura judía de esa época se contempla aquí desde el punto de vista histórico literario, al margen de consideraciones sobre su posterior inserción o no en el canon bíblico o valoraciones de carácter teológico.

La bibliografía recogida viene actualizada hasta 1983, aunque en ocasiones se informa de obras posteriores. Esto explica quizá —aunque es de lamentar— que no aparezca en el apartado de las traducciones modernas, la traducción al castellano de ninguna de las obras de la antigüedad. Fue en 1983 precisamente cuando se publicó en Ediciones Cristiandad el segundo volumen de la edición española de *Apócrifos del Antiguo Testamento* bajo la dirección del Prof. Díez Macho. A ese volumen (el segundo de la colección) han seguido otros tres y pronto aparecerá el resto hasta completar la traducción al castellano de los apócrifos del A. T. Es este un dato importante que falta en la presente edición de la gran obra de E. Schürer.

G. Aranda

Pablo PUENTE SANTIDRIÁN, *La terminología de la resurrección en Tertuliano. Con un excursus comparativo de ésta con la correspondiente en Minucio Félix*, Eds. Aldecoa («Publicaciones de la Facultad de Teología del Norte de España», 54), Burgos 1987, 392 pp., 17,5 x 25.

Nos encontramos ante la edición de una excelente Tesis Doctoral, leí-

da en la Universidad de Valladolid en mayo de 1978. Pese a la pequeña demora en su publicación, conviene advertir que nada de lo publicado entretanto invalida sus conclusiones. Se trata de una importante monografía de carácter no sólo teológico, sino sobre todo lexicográfico. Por este motivo goza de gran actualidad, ya que la lexicografía ha logrado últimamente un desarrollo notable con la aplicación de las técnicas de procesamiento informatizado de datos y la estadística. Monografías como la presente constituyen una base firme y un precedente seguro en el progreso de esta ciencia semántica, a la vez que se mantienen siempre al servicio de la interpretación espiritual y superior que toda obra del espíritu humano comporta.

Lo meritorio de este trabajo no radica simplemente en las aportaciones de la investigación, de las que hablaremos más abajo, sino también en los loables esfuerzos del investigador. Cuando éste iniciaba la elaboración de su Tesis, aún no había aparecido el *Index Tertullianeus* de Gösta Claesson. El prof. Puente Santidrián hubo de leer y releer los escritos de Tertuliano para fichar pausada y pacientemente los términos y textos que hacían al caso. Pero una vez terminada esta labor, apareció el mencionado *Index*. Lejos de desanimarse, el investigador comprobó que, al verse obligado a leer con detención todos los escritos de Tertuliano, pudo advertir mejor cuándo algunos términos o expresiones venían a relacionarse con el tema que era objeto de su estudio y, en consecuencia, catalogar unos y otras. Con sólo el manejo del *Index* no podría haber hecho eso, al menos, con mucho acierto. Sólo después de saber cuáles son los términos que interesan y en qué contexto se hallan, rinde el *Index* toda su utilidad. Al margen de esto, la mayor parte de los vocablos que guardan relación con el tema de la resurrección —de entre éstos destacan los que comienzan por el prefijo *re*— no han sido aún publicados en los cuadernillos del *Thesaurus Linguae Latinae*. Ante esta situación, el prof. Puente Santidrián acudió a Munich, a la Bayerische Akademie von Wissenschaften, en la que tiene su sede el *Thesaurus*, para consultar allí su fichero.

El libro consta de catorce capítulos. Se hace en primer lugar un análisis de la posición de Tertuliano en el latín cristiano (cap. I). Se ofrecen después unas notas sobre los precedentes terminológicos del vocabulario de la resurrección (cap. II). Luego se realiza una relación del material léxico a estudiar: un elenco de términos, otro de sintagmas y un tercero de otras unidades léxicas superiores a la palabra (cap. III). A continuación se analiza este material estudiando su utilización por parte de Tertuliano (cap. IV-XI). En este análisis se ven primeramente los vocablos (cap. IV-X) para dedicar luego un capítulo al estudio de los sintagmas y otras unidades

léxicas (cap. XI). Aunque se trate de un estudio sincrónico, a veces se hace referencia al uso de algún término en momentos posteriores a Tertuliano. Para comparar esta terminología con la de la transmigración de las almas, se dedica un capítulo al vocabulario de ésta última (cap. XII). Tras estos análisis se señala el campo semántico de la resurrección en Tertuliano (cap. XIII), revisando seguidamente la formación de esta terminología (cap. XIV) y terminando con unas consideraciones finales a modo de conclusión. Para contrastar dicha terminología se presenta también, en *excursus*, la terminología del mismo tema en Minucio Félix comparándola con la de Tertuliano.

El capítulo I, titulado «Tertuliano y el latín cristiano», es un magnífico *status quaestionis* de la investigación reciente sobre los comienzos de la latinización de las comunidades cristianas de África y Roma y el papel de Tertuliano en la creación del llamado latín cristiano. Compartimos plenamente la síntesis del prof. Puente Santidrián: a) que Tertuliano no es el creador del latín cristiano; b) que es el introductor de éste en el mundo literario, lo cual hace de él no un mero testigo de ese latín, sino un patrocinador del mismo de primera categoría; c) que, con esta introducción, se convierte en el creador del latín teológico en cuanto organizado. Además, nos parece sugerente su hipótesis de que, contemporáneamente o poco antes de la implantación del cristianismo en África del Norte, debieron de realizarse allí traducciones latinas, al menos orales, de la Biblia, elaboradas por las comunidades judías establecidas en ese territorio.

Centrándonos ya en el campo semántico de la resurrección en Tertuliano, Puente Santidrián aprecia que los 80 términos técnicos, más los 42 sintagmas y las 20 unidades léxicas superiores, referentes a la expresión lingüística de la resurrección de la carne, pueden clasificarse en once grupos, dentro de este campo semántico: 1) *resurgere*; 2) *resuscitare*; 3) *uiuificare*; 4) *restituere*; 5) *reuocare*; 6) *redanimare*; 7) *salus*; 8) *repraesentare*; 9) *mutare*, *incompactibilitas*, *angelificare*; 10) *domus*; y 11) la metáfora del campo de la vegetación.

Realizado este minucioso estudio sincrónico, se pregunta el Autor por los sistemas que Tertuliano siguió en la elaboración de esta terminología doctrinal. Fundamentalmente fueron dos los procedimientos por los que se guió el escritor cartaginés: los neologismos semánticos y los neologismos lexicales. Y aunque rechazó la aceptación de préstamos griegos, no cabe duda de que bajo estos neologismos subyacían términos griegos, primordialmente de origen bíblico. Tertuliano continúa la tendencia de los cristianos latinoparlantes, según la cual la aceptación de helenismos se li-

mitaba casi exclusivamente a instituciones y realidades concretas de la vida y doctrina cristianas (*angelus, apostolus, baptisma, catechumenus, clerus, episcopus, martyr*, etc., etc.); sin embargo, para las nociones fundamentales que definen la doctrina cristiana o suponen un valor afectivo, como son las ideas relacionadas con la salvación, en las que el préstamo resultaría demasiado frío, se echó mano de términos técnicos de la lengua materna. Pero Tertuliano no es tan sólo un testigo de la lengua popular cristiana, sino que es un autor literario. Por tanto, hubiera podido actuar como lo hizo Minucio Félix en su *Octavius* (es decir, no aceptando ningún neologismo cristiano, sino expresándose dentro del mayor purismo literario). No obstante, Tertuliano no obró así, ya que, si bien apenas aceptaba préstamos griegos —siguiendo en esto la preceptiva de la lengua latina clásica—, no tuvo inconveniente en reproducir en sus obras neologismos cristianos empleados por las comunidades de lengua latina u otros elaborados por su propio ingenio.

El trabajo de Puente Santidrián también arroja luces sobre la teología tertuliánea de la resurrección de la carne, sobre todo en su combate a la soteriología de los gnósticos. Y es que la riqueza del latín de Tertuliano sólo se explica por la riqueza de su pensamiento teológico y por la palpitante vitalidad del cristianismo naciente. Leyendo la presente monografía, se nos han sugerido multitud de ideas en torno al pensamiento teológico del cartaginés, que el prof. Puente Santidrián deja entrever claramente en sus profundos análisis lingüísticos. Por no extendernos innecesariamente, nos limitaremos a presentar tan sólo una de estas ideas. Afirma Puente Santidrián, a propósito de la vuelta a la vida, que la resurrección supone: «En un sentido parecido encontramos *reuocari* (pasiva), que, en una ocasión (*resurr.* 26, 14), se halla contrapuesto a la forma *depulsus est*, refiriéndose ésta a la expulsión del hombre del paraíso, indicando *reuocari* lo contrario, lo cual sucederá en la resurrección» (pág. 325). Ciertamente los términos tertuliáneos referentes a la experiencia cristiana de la «vocación» son escasos, pero ricos de contenido. Además de los que cita Puente Santidrián, podríamos mencionar otros usos tertuliáneos, al margen del tema de la resurrección, que manifiestan una situación incipiente de lo que podríamos denominar una teología cristiana de la vocación. Recordemos el bello pasaje de *De baptismo*, en que Tertuliano, comentando *Io* 19, 34, alude al bautismo de agua y el de sangre: «Proinde nos facere aqua uocatos sanguine electos hos duos baptismos de uulnere percussi lateris emisit» (*bapt.* 16, 2 'CChr. SL I, p. 290'). Recordemos también la exposición que Tertuliano realiza de la doctrina paulina de la «recapitulación de todas las cosas en Cristo» (cfr. *Eph* 1, 10): «Et adeo in

Christo omnia reuocantur ad initium..., et postremo totus homo in paradisum reuocatur, ubi ad initio fuit» (*monog.* 5, 3 'CChr. SL II, p. 1234'). En estos tres contextos teológicos (el de la resurrección de la carne, el bautismal y el soteriológico), Tertuliano hace uso de los vocablos latinos *uocare* y *reuocare*. Pensamos que un denominador común puede hallarse por debajo de ellos: Dios llama al cristiano a la salvación obrada por Cristo, en contraste con las palabras reprobatorias con las que Dios mismo expulsó a Adán del paraíso (cfr. Gen 3, 21). Sin un efecto de la salvación, tal como la entiende Tertuliano (cfr. *Tert.*, *monog.* 5, 3 y *adu. Marc.* II, 10, 6), es el retorno al paraíso, se comprende que Dios «llame» al hombre, sirviéndose de las aguas bautismales, para recapitular por medio de Cristo lo que Adán había destruido. La «vocación» y «elección» para la *passio* del martirio (cfr. *Tert.*, *bapt.* 16, 2), que es una identificación con la *passio* de Cristo en el árbol de la cruz, restaura —«restituye» sería el término más propiamente tertuliano— el desorden introducido por Adán en el árbol del paraíso. Podríamos multiplicar las distintas sugerencias que la lectura de esta interesante monografía nos ha suscitado. Pero debemos centrarnos en el comentario de la misma.

La presente obra es un ejemplo de rigor científico, de seriedad intelectual y de paciente minuciosidad, propia del quehacer filológico. Todas las conclusiones que en ella se sostienen son avaladas por un concienzudo y detallado análisis de textos tertulianos, siguiendo los modernos métodos de la investigación lingüística (sobre todo, las pautas marcadas por el prof. Rodríguez Adrados). El libro se concluye con abundantes índices que aclaran aún más la ya diáfana lectura del mismo (índice de palabras latinas y griegas, índice de Tertuliano, de Minucio Félix, de autores antiguos y modernos). La bibliografía, plenamente actualizada, denota el perfecto conocimiento del prof. Puente Santidrián, tanto de la lingüística moderna como de la investigación sobre el ilustre cartaginés. Sólo nos resta felicitar sinceramente al Autor, que ya era conocido en España por sus publicaciones sobre los orígenes del latín cristiano, y augurarle un feliz desarrollo de esta interesante línea de investigación.

A. Viciano

Philippi CANCELLARII PARIENSIS, *Summa de bono. Ad fidem codicum primum edita*. 2 vol., Studio et cura N. Wicki, Ed. Francke («Corpus philosophorum Medii Aevi. Opera philosophica Mediae Aetatis selecta», 2), Berna 1985, CXXXVI + 487 y 724 pp., 18 x 24,5.